

bles exteriormente en los degenerados superiores. Las principales anomalías de esta clase son: orejas grandes y despegadas de la cabeza (orejas de asas de cesta); falta del antehelix, desarrollo anormal del tubérculo de Darwin, prolongación de la raíz del helix hasta encontrar el antehelix y separar la concha en dos partes (Féré y Huet); atrofia ó desaparición del lóbulo de la oreja (Morrel); adherencia anormal del lóbulo (1) (figs. 64, 65 y 66).

c) **Tórax y abdomen.**—1.º Desarrollo asimétrico de las dos mitades del tronco; 2.º, *ginecomastia* en el hombre (desarrollo exagerado de las mamas) (2); 3.º, hernias congénitas; 4.º, espina bífida; 5.º, pelvis ensanchada de forma de mujer, en los hombres.

d) **Organos genitales.**—Epispadias, hipospadias, atrofia de los testículos y de la verga, desarrollo anormal de esta última y hermafroditismo.

e) **Miembros.**—Seis dedos. Pie.

f) **Piel.**—Vitíligo. Ictiosis.

g) **Anomalías de los órganos internos.**—Persistencia del agujero de Botal, anomalías importantes de las arterias, riñones múltiples ó soldadura anormal de los dos riñones, transposición de vísceras y aplasia parcial de los órganos genitales internos (Pozzi).

Para completar la enumeración de las anomalías del desarrollo que se observan en toda la serie de la degeneración, y en un grado de frecuencia mucho mayor en los que ocupan los lugares más bajos de la escala, conviene señalar también el enanismo y el infantilismo. El infantilismo (Lorain), que es compatible con un grado superior de la inteligencia, se caracteriza por el desarrollo incompleto del individuo, que conserva un aspecto infantil hasta la edad adulta: las formas aparecen poco acentuadas, la talla más bien pequeña, el sistema piloso rudimentario, los genitales poco voluminosos y la voz fina. Por lo que hace al enanismo, constituye también un fenómeno accidental, una anomalía que se debe á un vicio original, una monstruosidad; hay pueblos de talla pequeña (los obongos del Gabon), pero no hay pueblo de enanos. Las tentativas de selección que se han intentado, singularmente por Pedro el Grande, para constituir una raza enana, han fracasado miserablemente. Los enanos por lo común están mal constituidos para vivir, á menudo son raquíticos y poseen una inteligencia muy limitada; de ordinario mueren jóvenes, y merecen se les considere como verdaderos degenerados.

No nos proponemos enumerar todas las deformaciones físicas que se encuentran en los degenerados. Tampoco tienen todas la misma importancia, como auxiliares del diagnóstico del estado mental. Las más acentuadas y graves (deformaciones monstruosas de la cabeza, labio leporino, pie contrahecho, espina bífida, etc.), no son las más interesantes en la clínica de psiquiatría. En efecto, las deformaciones últimamente citadas se muestran, sobre todo, en los grados más inferiores de la degeneración, singularmente en los idiotas; la falta de desarrollo de las facultades intelectuales es entonces bastante marcada para ser advertida á la primera ojeada del observador. No sucede lo mismo en las primeras jerarquías de esta escala. Entonces la percepción de ciertas anomalías físicas vienen á confirmar los datos de anomalía psíquica y concurren á

(1) Ch. Féré et Séglas, *Revue d'anthropologie*, 1886. — Frégerio, *L'oreille externe*, 1888.

(2) Em. Laurent, *Les gynécomastes*. Thèse de Paris, 1887-88.

precisar la naturaleza y el origen de los últimos. Mas las anomalías físicas que se observan en este caso, son ligeras por lo general, y exigen ser investigadas con cuidado (vicios en el desarrollo del pabellón de la oreja, asimetría facial y craneana, bóveda palatina ojival, etc.). Desde luego, estos vicios de conformación constituyen, no una prueba, sino una simple sospecha de la degeneración mental, y se los encuentra en individuos que no presentan ninguna alteración psíquica apreciable. Una estadística comparativa entre los enfermos del hospital de San Antonio y los del servicio clínico del asilo de Santa Ana, muestra que dichas anomalías apenas son dos veces más numerosas en el asilo que en el hospital. El desarrollo de la cara y del cráneo ó de los otros órganos, puede ser defectuoso, sin que fatalmente se resienta el cerebro. Las deformaciones físicas, y particularmente las de los órganos genitales, de la bóveda palatina, del cráneo de la cara y de las orejas, no constituyen, pues, más que una seria presunción de disgenesia cerebral concomitante.

## II.—ESTADO MENTAL DE LOS DEGENERADOS

Las disgenesias cerebrales, que coinciden muy á menudo con uno ó varios de los vicios de conformación antes enumerados, se revelan por un estado particular de la mente, cuyos caracteres varían de un individuo á otro y constituye una manera de ser anormal y *permanente*. Estos individuos son más propensos que otros á delirar, y su delirio, pasajero ó durable, presenta caracteres bastante especiales, y constituye un accidente posible, pero no fatal, de la degeneración. Estudiaremos por separado el estado mental permanente y habitual de los degenerados y el delirio que es en ellos accidental y contingente.

Clasificaremos sobre las tres claves siguientes, las anomalías psíquicas por las cuales se dan á conocer las disgenesias cerebrales, á saber: anomalías de la *inteligencia*, anomalías del *carácter y de la conducta* y anomalías de la *emoción y de la voluntad*.

A) **Anomalías de la inteligencia.**—La inteligencia de los degenerados es nula, débil ó simplemente mal equilibrada. Según el grado de desarrollo de esta facultad, se han repartido los individuos de esta categoría en cuatro grupos: idiotas, imbeciles, débiles de inteligencia y degenerados superiores ó simplemente desequilibrados (Magnan).

Los *idiotas* ocupan el lugar más inferior de la escala. Sus facultades intelectuales son completamente rudimentarias, y la suspensión que han experimentado en su desarrollo, débenla estos enfermos á lesiones cerebrales hasta cierto punto groseras y apreciables, tanto microscópica como macroscópicamente. El estudio del idiotismo y de las lesiones que le sirven de *substratum*, ha sido hecho en otro lugar de esta obra.

La *imbecilidad* se considera de ordinario como un idiotismo «elevado en dignidad»; ocuparía el segundo grado en la jerarquía de la degeneración. Esta manera de ver no tiene un fundamento absoluto, porque entre la imbecilidad y el idiotismo no parece que hay sólo una diferencia de grado, sino de naturaleza. El idiotismo y la imbecilidad serían dos degeneraciones absolutamente distintas, la una orgánica, funcional la otra, la una patológica, la otra evolu-



tiva. Encuéntanse siempre lesiones en el idiota, y á menudo lesiones groseras, según antes dijimos; en los imbéciles estas lesiones son excepcionales, y cuando existen, son tan ligeras como recientes. « La imbecilidad se nos presenta, pues, como una afección mental, debida probablemente á un trastorno funcional, mas no á una lesión orgánica de los centros nerviosos. Constituye la imbecilidad el grado más inferior de la debilidad mental; con la que se asemeja mucho, desde el punto de vista psicológico, y encaja en el cuadro de las psicopatías degenerativas, entre las cuales se destaca como un tipo especial. El idiotismo, al contrario, no es una entidad morbosa, sino síntoma de una afección orgánica de los centros nerviosos, que data desde la infancia, y sólo á esta circunstancia etiológica debe sus caracteres especiales » (1) (Sollier).

Cualquiera que sea la opinión que se sustente sobre este punto doctrinal, todavía controvertible, es lo cierto que el imbécil presenta en grado superlativo las anomalías físicas y psíquicas que se encuentran más ó menos atenuadas en los débiles y en el simple desequilibrado. Considerado el imbécil desde el punto de vista físico, no se encuentran en él, de ordinario, los vicios de desarrollo, monstruosos á las veces, que se encuentran en el idiota (división de la bóveda palatina y del velo del paladar, desarrollo incompleto de los órganos de los sentidos, sordo-mudez, hemiplegias, contracturas, etc.). En cambio de no parecerse los imbéciles á los idiotas en las monstruosidades, se asemejan por la frecuencia con que en ambos se observan los estigmas físicos; pequeñez de cráneo, asimetría facial, prognatismo, obesidad, vicios en la pronunciación, implantación viciosa y deformación de las orejas, desarrollo incompleto ó exagerado de los genitales, etc.

El imbécil tiene una inteligencia rudimentaria, pero no le falta. La atención es de lo más inestable; las percepciones sensoriales se verifican, pero de ordinario se interpretan mal las sensaciones; la memoria es lenta é insegura, pero, sin embargo, algunos imbéciles gozan de una memoria parcial notablemente desarrollada, por ejemplo, para recordar palabras, cifras ó fechas. El razonamiento es tan falso, como débil la lógica. La educación de que son susceptibles estos enfermos, es muy limitada; se les puede enseñar á leer y escribir, iniciarles en ciertos trabajos manuales, enseñarles un poco de música, pero jamás se elevan en ninguna de estas ramas de instrucción. Son, por lo general, ineptos para el cálculo; si llegan á contar correctamente hasta cierta cifra más ó menos alta, son incapaces luego de combinar los números y dudan al sumarlos ó restarlos, aunque se trate de operaciones muy simples. Todo su saber se limita á nociones concretas, porque no pueden elevarse á la generalización. Carecen de iniciativa racional y todo lo hacen maquinalmente; pero cuando se aventuran á hacer, dan pruebas de una actividad turbulenta. Con ellos no puede contarse para una conducta ordenada y regular. Algunas veces son muy habladores y esmaltan su conversación de agudezas y de chistes muy ocurrentes, que pudieran engañar á primera vista; pero esta forma brillante descubre la vaciedad del fondo del discurso, las lagunas profundas de su inteligencia y la falta casi absoluta de juicio.

El instinto y el sentido moral corren parejas con las facultades intelectuales

(1) P. Sollier, L'idiotie et l'imbecilité au point de vue nosographique in Arch. de neurologie, Enero, 1894, n° 83, et Psychologie de l'idiot et de l'imbécile, Thèse de Paris, 1891.

en los imbéciles. Diremos algunas palabras sobre este punto, para no volver sobre él, ya que lo que hemos de decir después acerca de las alteraciones del carácter y de la conducta de los degenerados, tiene particular aplicación á los débiles y á los desequilibrados. Los instintos del imbécil son de ordinario malos y viciosos. Egoísta por excelencia, es insensible al dolor moral, y, por el contrario, sienten con viveza los dolores físicos; teme exageradamente el daño; es vanidoso y á menudo está lleno de presunción; es mentiroso, glotón, aficionado á la vida muelle y perezoso. Se entrega á menudo á los excesos del alcohol ó á los de la Venus, cuando no cae en vicios peores, como la pederastia y el onanismo, y para satisfacer sus pasiones brutales, no retroceden ante la violencia; en una palabra, es un ser *antisocial* por oposición al idiota, que es más bien *extra-social* (Sollier).

En los débiles se encuentran los mismos vicios intelectuales que en los imbéciles; pero más acentuados y variables desde luego, según el grado en que se encuentran, desde los que tocan á la imbecilidad hasta los que confinan con los simples desequilibrados. Lo que también choca en estos enfermos, es la dificultad que experimentan para asimilarse las nociones que se les enseñan; siguen pensativamente las clases propias á los niños de su edad, y se hacen notar principalmente por la flaqueza de su memoria. Sólo poseen memoria parcial, y á veces brillante, para los datos, para las cifras ó para los términos geográficos. El juicio es débil por demás, repiten como un eco las ideas y las opiniones que oyen, pero son incapaces de emitir por sí una apreciación razonable. Son de ordinario muy crédulos, y por lo mismo adeptos de creencias supersticiosas ó místicas. Son ineptos para generalizar, pero á menudo llegan á poseer un caudal de detalles. Alcanzan algunas veces una gran habilidad manual; pero á condición de dejarles reducidos á trabajos de rutina y de no exigirles espontaneidad. Algunos dibujan bastante bien y se hacen notables como calígrafos; otros son buenos calculistas, pero no poseen más que esta aptitud. Los hay que tienen el gusto musical muy desarrollado y retienen fácilmente las canciones, otros apasionados por la poesía; pero estas aptitudes parciales suelen ser bastante medianas. A diferencia de los imbéciles, los débiles de inteligencia suelen ocupar una posición modesta en la sociedad, ejercer ciertas profesiones que exigen más regularidad que iniciativa. No se elevan jamás á muy altas posiciones, y sus actos y sus conversaciones, á las veces prolija y pretenciosa, denuncian fácilmente la debilidad de sus facultades. Nunca aprecian con suficiente exactitud el alcance de sus acciones y conducta, y son incapaces, por lo común, de discernir con precisión lo que es bueno y lo que es malo, siendo, por tanto, irresponsables en estos casos.

Los *desequilibrados* (degenerados superiores) son muy diferentes. Lo que les caracteriza es más bien que el desarrollo insuficiente de sus facultades, la desigualdad con que éstas se desarrollan. En conjunto, su inteligencia es buena y aún puede ostentar aptitudes relevantes para las artes, por ejemplo, para la literatura, para la poesía, y, por excepción, para las ciencias. Los individuos de este grupo no sólo figuran en sociedad, sino que se distinguen en ella; se encuentran algunos que se les conoce como hombres de talento y aun de genio. Pero sorprende encontrar al lado de estas facultades eminentes, otros en estado embrionario; la inteligencia presenta claros y lagunas, tales, por ejemplo,



como encontrar un músico ó un poeta inepto en absoluto para el cálculo, ó bien un desarrollo notable de la memoria ó de la locución, contrastando con la falta absoluta de juicio. Otras veces las facultades intelectuales serán poderosas y hasta brillantes, pero se comprobará una falta más ó menos completa del sentido moral, una depravación de los instintos, como veremos dentro de poco.

Los trastornos intelectuales de los degenerados se acentúan por modo evidente en el momento de la pubertad. Un niño, cuya inteligencia había parecido normal hasta esta época, y que se había hecho notar en el colegio por ciertas facultades singularmente brillantes, tórnase inepto para el trabajo; su memoria se debilita y pierde la atención. En el momento de elegir una carrera, el adolescente permanece indeciso é incapaz de aplicarse á un trabajo que exija alguna contención de espíritu. La familia se sorprende de este cambio, con tanta mayor razón, cuanto que algunas aptitudes, más aparentes que reales, habían permitido fundar en el niño grandes esperanzas. Esta inesperada transformación es algunas veces consecuencia de excesos genitales, singularmente de la masturbación. Una tendencia á la melancolía, vagas ideas de ambición ó de persecución, movimientos de cólera ó de violencia, cambios en el carácter que se hace desigual, irritable, acceso de risa tonta é injustificada, constituyen por lo común los preludios de debilidad intelectual definitiva: es la *demencia precoz*, la *hebefrénia* de Kahlbaum y Hecker (1).

B) Anomalías del sentido moral y del carácter. — En los degenerados no son las facultades intelectuales las únicas ni las más á menudo alteradas. Los *sentimientos* y las *tendencias* están á menudo pervertidas y algunas veces en alto grado; de ahí las anomalías del *carácter*, la perversión de los *instintos* y la descarriada *conducta* que hacen de los degenerados seres extravagantes, incorrectos, dañinos é incapaces de adaptarse al medio familiar ó social.

De antiguo vienen llamando la atención de los observadores estas anomalías y las han procurado estudiar cuidadosamente en los diversos aspectos que presentan en cada caso. Los individuos afectados de degeneración, han sido considerados según las tendencias de la época ó de los autores, ya formando parte de la *zona intermedia entre la razón y la locura* (Maudsley), ya como *fronteras de la locura* (Ball). Con el término genérico de *locura lúcida*, Trelat ha descrito varios tipos: los envidiosos, los orgullosos, los místicos y los malvados. La *manía razonante* y la *locura moral* (Prichard), no constituyen entidades nosológicas sino grupos clínicos que corresponden á ciertos degenerados con perversión moral é instintiva. Los *querellantes* de Krafft-Ebing, los *perseguidos-perseguidores* de J. Falret, no son delirantes, en el rigor de la palabra, sino degenerados con tendencias perversas.

En definitiva, las diversas expresiones que acabamos de citar y que á cada paso se encuentran en las descripciones de los autores, no valen más que para designar los diversos aspectos de una sola cosa, la perversión moral de los degenerados; y, en cambio, producen confusión en el espíritu del lector. Algunas de ellas (manía razonante, locura moral y perseguido-perseguidor) mere-

(1) Ewals Hecker, *Virchow. Arch.* t. LII, 1871. Léanse las lecciones de M. A. Mairet «Sur la folie de la puberté, in *Ann. médico-psycholog.*, 1888 et 1889. — M. Mairet considera los trastornos mentales de la pubertad como trastornos particulares independientes de la degeneración.

cen ser conservadas, porque se refieren á tipos muy especiales de esta perversión, pero solo en calidad de subtítulos destinados á subdividir el importante capítulo en donde se estudien las alteraciones de los sentimientos y tendencias de los degenerados.

a) ANOMALÍAS DE CARÁCTER PROPIAMENTE DICHAS (*Desequilibrados. — Originales. — Excéntricos*). — «La experiencia diaria, dice muy juiciosamente Maudsley (1), nos enseña que muchas personas, sin ser locas, presentan particularidades en su pensar, en el sentimiento ó en el carácter, que las distinguen profundamente del común de la sociedad. Estas personas, acaben ó no locas, descienden de familia en la que hay locos ó que padecen alguna otra afección nerviosa, y poseen desde luego un temperamento nervioso especial».

Este «temperamento nervioso» especial, que indica una organización defectuosa del propio sistema, se revela algunas veces por un simple *desequilibrio* moral, análogo, y á menudo coincidente, del *desequilibrio* intelectual de que antes hemos hablado. Dotados de una sensibilidad moral, excesiva de ordinario, los individuos afectados de *desequilibrio*, presentan una gran movilidad de sentimientos; son inconstantes en sus afectos, irresolutos, y cambian de determinación á cada momento. Pasan fácil y bruscamente de un extremo de impresiones al opuesto, de la actividad á la apatía, de la excitación al embotamiento. Prontos al entusiasmo, tienden otras veces á la desanimación; asequibles á dejarse seducir por la perspectiva de una idea ó de un proyecto nuevo, les falta desde luego perseverancia en la conducta y en los actos, y por eso fracasan en las carreras que exigen constancia y tenacidad. Incapaces de fijar su atención mucho tiempo sobre un mismo objeto, buscan sin cesar nuevas impresiones, y así resultan muy aficionados á los cambios de situación y á los viajes, más por satisfacer una vaga necesidad de aventuras, que por las exigencias del interés. Hemos observado en Santa Ana á uno de estos *desequilibrados*, que en dos años había visitado sucesivamente una gran parte de Europa, Argelia, Túnez, Marruecos, el Senegal, Judea, Lima, Brasil, Uruguay, República Argentina, Patagonia, New-York, Filadelfia, Ohio, las Azores y Madera. Realizó todos estos viajes sin tomarse grande interés, abandonando los países apenas había llegado á ellos, unas veces volviendo sobre sus pasos, y otras vagando al azar sin otro placer que el de cambiar de sitio.

Los afectos, más superficiales que profundos, no tienen en estos seres mal organizados mayor solidez que las tendencias y los gustos. De cualquiera se hacen amigos y olvidan por él afecciones serias, como son las de la familia, esto sin perjuicio de ser olvidado el nuevo amigo á la primera ocasión.

En otros, al *desequilibrio* se añaden las extravagancias en la actitud, en el aspecto, en la conducta ó en los gustos, y alcanzan justa fama de *originales* y de *excéntricos*. Se visten, peinan y cortan la barba á su manera, y no es raro encontrar en las calles de París á estos personajes de fisonomía enigmática con trazas de profetas, vestidos con atavíos extraños y el cabello revuelto y desmesuradamente largos, que atraen la atención de todos. Puede decirse de esta gente, que el Asilo les aguarda, y no es raro que ingresen en él á consecuencia de un paroxismo de excitación. En otros casos, las extravagancias

(1) Maudsley, *Crime et folie*, p. 40. Paris, Germer Baillère, 1874.



son poco aparentes para los extraños, aunque muy significativas para los íntimos; hemos tenido por compañero de estudios un joven de inteligencia viva, siempre se desnudaba empezando por quitarse las botas, luego el pantalón, el chaleco y la levita, y lo último de que se despojaba era del sombrero de copa; este joven murió de accidentes cerebrales. Multiplicar los ejemplos, sería inútil; ciertos coleccionadores que ejercitan su actividad en reunir objetos extraños; ciertos individuos que dedican un cariño entrañable á los animales de su predilección; todos los que en definitiva llaman la atención de mil maneras y presentan una anomalía marcada en sus gustos y tendencias, pertenecen al grupo que estudiamos.

Si se profundiza en las *manías* de los degenerados para analizar completamente su carácter, se descubre á menudo un desarrollo exagerado de ciertos sentimientos y la atenuación ó desaparición de otros. El degenerado es, de ordinario, *egoísta* en el rigor de la palabra, y el desarrollo excesivo de la sensibilidad moral, muy frecuente en él, explica esta *hipertrofia* del yo. A menudo, tiende instintivamente á referirlo todo á su personalidad; es *vanidoso*, poseído de su persona y deseoso de distinguirse. Este sentimiento no es incompatible con un grado más ó menos acentuado de *timidez*. No encontrando en las relaciones sociales todas las satisfacciones de amor propio que desea, el desequilibrado acaba á lo mejor en *receloso*, desconfiado y *misántropo*, tiene tendencia al aislamiento y en presencia de los que le rodean, manifiesta sentimientos de continua desconfianza. Otras veces, se hace notar sobre todo por su tendencia á la tristeza y á la hipocondría.

b) MANÍA RAZONANTE Y LOCURA MORAL. — Los defectos del carácter que acabamos de reseñar brevemente, dan origen cuando se acentúan, á los estados que se designan con los nombres de *manía razonante* y *locura moral*. Estas expresiones inducen al error de creer que se trata de la locura verdadera, y no hay nada de eso; los enfermos que pertenecen á este grupo no son delirantes, en el rigor de la palabra, sino simplemente seres anormales por su manera de pensar, de sentir y de obrar. La manía razonante y la locura moral se asemejan tanto, que en realidad constituyen un solo estado; con la única diferencia de que en la manía razonante lo que predomina es la excitación habitual, la exaltación de ciertos sentimientos, el deseo de actividad y la tendencia á meterse en todo, mientras que en la locura moral hay, sobre todo, una perversión de los instintos y del sentimiento que arrastra á los individuos á la comisión de actos reprobables y punibles. El maniaco razonante es molesto, fastidioso, importuno para los que le rodean, dañino é *inmoral*. Trazaremos por separado la descripción de ambos estados.

MANÍA RAZONANTE. — Los caracteres, los límites y la naturaleza de la manía razonante han dado origen á numerosas controversias y á opiniones tan varias como opuestas. Esta afección no constituye una especie nosológica especial, como erróneamente había supuesto Campagne (1), sino un síndrome que, con caracteres sensiblemente idénticos, puede ser la expresión clínica de diversas enfermedades mentales, como la locura periódica, la parálisis general en su principio y la degeneración mental. Nosotros tratamos aquí exclusiva-

(1) Champagne, Traité de la manie raisonnante. Paris, 1869.

mente de la última variedad. « Hay algunos individuos, dice J. Falret (1), predispuestos á la locura desde su nacimiento, porque la enfermedad trae su origen desde los antepasados; estos sujetos, desde la primera edad de su vida, manifiestan en sus sentimientos y en sus inclinaciones particularidades tan notables y extravagancias tan pronunciadas, que se distinguen desde luego de los demás niños de su edad, y son marcados desde su infancia por estigmas indelebles de locura. El médico especialista adivina muy pronto en estos niños los signos de predisposición á esta enfermedad, los cuales van acentuándose con el tiempo, sobre todo en la época de la pubertad, y algunas veces más tarde; la incubación de la locura se hace poco á poco en estos individuos, y se confunde, por así decirlo, por rasgos insensibles con el estado de predisposición que forma su carácter desde el nacimiento ». La manía razonante, el día en que se obtenta con todo su desarrollo, se manifiesta por un exceso de actividad de las facultades intelectuales con necesidad imperiosa de acción y de movimiento que arrastra á los enfermos á actos extravagantes, desordenados y algunas veces reprobables. El lenguaje permanece correcto en su conjunto, el entendimiento no ha perdido la lógica, y no faltan argumentos plausibles al enfermo para defender y justificar su conducta. A primera vista, pudiera creérsele normal, pero una observación atenta permite descubrir un profundo desequilibrio de su inteligencia. La conversación es locuaz y prolija, el espíritu apenas se fija en nada y concibe mil proyectos á la vez, unos que nada tienen de extraños á juzgar por la primera impresión; otros, singulares, absurdos ó burlescos. El maniaco razonante se satisface exponiendo sus proyectos y designios; hablando ó escribiendo; su fraseología deja penetrar los sentimientos egoístas, vanidosos ó ambiciosos que le dominan; convencido de su infalibilidad, el enfermo no admite contradicción ni oposición, y está pronto á sublevarse contra los que se oponen á su febril actividad. Redacta espontáneamente folletos, hace versos, pronuncia discursos, se prodiga en visitas, hace diligencias y se afana en compras ó negocios ruinosos que comprometen su fortuna y el porvenir de su familia. Si ésta, para proteger al maniaco, adopta medidas conservadoras ú opta por internarle en un Asilo para evitar los peligros de su desenfrenada actividad, entonces vienen las protestas y las peticiones á la justicia y á los Poderes públicos. Inconsciente de su estado, el maniaco razonador no puede conformarse á que se le juzgue enfermo, y tiene argumentos especiales para disculpar sus actos más reprobables y sus pretensiones más ridículas.

LOCURA MORAL (*Moral insanity*, Prichard). — En ciertos degenerados, la perversión moral adquiere algunas veces un grado tan alto, que dominan y disimulan hasta cierto punto las demás imperfecciones del organismo. Los defectos de la inteligencia, que no siempre faltan, figuran en segundo término, y el individuo muéstrase en todo el curso de su vida como un ente inmoral é incapaz para adaptarse á las exigencias de la sociedad. No se trata en este caso de algunas tendencias perversas que forman parte integrante del carácter de muchos degenerados, según antes hemos visto, sino de un vicio profundo de los instintos y de actos irracionales y perniciosos; la vida de estos seres,

(1) J. Falret, Folie raisonnante: discours prononcé à la Société médico-psychologique de 8 Enero, 1886.